

## Juan Pablo Ramis, *Conflicto interno y concordia en el pensamiento político de Isócrates, Ciudad de Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo-Edifil, 2025, 306 páginas [ISBN: 978-950-774-441-9]*

Laura Sancho Rocher  
Universidad de Zaragoza ✉  
E-mail: lsancho@unizar.es

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.108389>

El libro objeto de esta reseña es la publicación de la tesis doctoral del autor, defendida en la Universidad de Cuyo (Mendoza, Argentina), en cuya editorial el trabajo ha visto la luz. No existen monografías en español sobre Isócrates, autor que en general no despierta gran entusiasmo debido a que la gravedad de su prosa puede resultar farragosa en una lectura superficial. Sin embargo, no se puede negar que una larga vida y el interés pedagógico obligaron a este maestro de retórica a abordar cuestiones de plena actualidad en su dilatada producción. La misma escasez de títulos sobre Isócrates en español impone prestar atención a un trabajo que aborda cuestiones tan candentes en el s. IV a.C. como la *homónoia* y la *stásis*.

Ramis dedica todo un capítulo introductorio a vincular el método y el enfoque que se propone seguir con los defendidos por la Escuela de Cambridge (Skinner) y la *Begriffsgeschichte* (Koselleck). A pesar de que, como dice nuestro autor (p. 48), “una procura indagar al pasado en sí mismo, la otra asume el requisito de dirigirse a aquel desde el presente”. Por tanto, este libro pretende hacer una historia de las ideas políticas isocráticas, basando el análisis en conceptos y usos de lenguaje del rétor, con el fin de lograr una adecuada comprensión del discurso isocrático acerca de la concordia y el conflicto civil. Una consecuencia evidente es que será necesario estudiar los conceptos y términos del autor en su contexto histórico y en una trama dialógica en la que participan pensadores y políticos contemporáneos. Ramis no deja de subrayar a lo largo de su exposición que Isócrates quería ser influyente en la orientación política de su ciudad y, todavía más, en la de toda Grecia.

De la escuela de París toma Ramis la noción de la immanencia del conflicto, dando por sentado que la política es conflicto, bien latente, bien abierto.

Y con estas premisas emprende el autor su investigación sobre Isócrates, si bien realiza un paréntesis para reflexionar sobre la evolución del tratamiento de la *stásis* antes de la época de nuestro maestro de retórica. En el capítulo segundo, pues, analiza la amenaza de la *stásis* en momentos y autores cruciales: Solón, Esquilo y Tucídides. A principios del s. VI en Atenas, el citado legislador invoca la *eunomía* como solución; con posterioridad a las reformas de Efilates, Esquilo no presenta una solución muy diferente, puesto que invoca la justicia política (del Areópago) frente a la venganza privada. Finalmente, el hijo de Oloro describe una desalentadora imagen de las relaciones internas de las ciudades griegas durante esa guerra mundial que fue la guerra del Peloponeso. Los ciudadanos se habrían desligado de las normas tradicionales de convivencia basadas en la interpretación común de las nociones ético-políticas y en la priorización del bien común sobre las ambiciones personales o de bando. Con Tucídides da comienzo el análisis de la distorsión de los términos y los conceptos que tan importante fue en el s. IV.

En el capítulo 3, Ramis hace hincapié en cuáles son los rivales teóricos de Isócrates y subraya, por tanto, a Platón y, en general, a la escuela socrática. Por eso sostiene que nuestro autor dice componer discursos útiles, y critica el saber exacto sobre cosas inútiles (*Hel.* 5). Siguiendo a J. Ober, Ramis sostiene que Isócrates unifica las nociones de filosofía y retórica, ya que aspira a que la oratoria se produzca en foros más amplios que los de las disputas habituales de los políticos. Por eso Isócrates escribía *politikoi logoi*, porque buscaba llegar a “lectores” educados de toda Grecia, capaces de debatir sobre los asuntos que él proponía. Y entre ellos, qué duda cabe, el tema de la hegemonía y, asociado a él, el de la campaña contra Persia. “La palabra escrita – escribe Ramis, p. 103, parafraseando a Lee Too– equivale al ciudadano responsable, es decir, a él mismo”.

El capítulo 4 íntegramente se ocupa de establecer los periodos de producción del maestro de retórica, vinculados a la diacronía de los acontecimientos atenienses y helenos. A partir de este punto, el capítulo 5 se centra ya en comentar los primeros discursos, los forenses, escritos por Isócrates en calidad de logógrafo, para casos que tienen que ver con la dificultad de aplicar los acuerdos denominados de “amnistía”. Si es legítimo descubrir la posición del autor en alegatos judiciales escritos para un cliente, Isócrates habría sido muy favorable al olvido penal de los delitos cometidos durante el gobierno de los Treinta, pero habría desarrollado argumentos firmes contra los que se habían apartado de las leyes y ahora ponían de nuevo en peligro la democracia.

En la medida en que Isócrates abandonó su primera profesión, la logografía, y se entregó a la pedagogía desde la redacción de sus *politikoi logoi*, repetidas veces nos encontramos con la obsesión constante de su autor acerca de la necesidad de unir a los griegos en una causa común y educar a tal fin a los que podían constituirse en líderes de la misma. No vamos aquí a repasar título a título la producción literaria del maestro de retórica, algo que el lector podrá encontrar en el libro que reseñamos, pero sí conviene puntualizar que el panhelenismo de Isócrates en ningún momento se confunde con una unificación política de los griegos que él no respaldó. Buscó siempre una ciudad o un líder, capaces de hacerse con una hegemonía moral y militar, y acometer la empresa de invadir el Imperio aqueménida. Y, a la par que en su horizonte nunca dejó de aparecer esa ansiada campaña, su patriotismo ateniense se reflejó en la idealización del pasado de su ciudad y de la *politeía* de los primeros legisladores (Solón y Clístenes). Isócrates, como tantos contemporáneos suyos, echaba la mirada atrás para hallar la solución de lo que le parecía una democracia degenerada. Si los mejores debían dirigir a los griegos, también los mejores debían gobernar la ciudad. Este hecho induce a Isócrates a alabar, si la circunstancia lo exige (discursos chipriotas), la monarquía, y a subrayar sus ventajas sobre los sistemas cívicos de decisión asamblearia.

Tal vez haya que desechar definitivamente la influencia directa de Isócrates en determinados hechos, si bien hay que reconocer el olfato político del maestro de retórica. Es más bien coincidencia lo que existe entre la fundación de la Segunda Liga marítima y la publicación del *Panegírico* (p. 191) y, del mismo modo, el plan macedonio realizado por Alejandro se parece, sin ser igual, a la constante exhortación isocrática de unir a los griegos contra el Imperio persa.

En resumen, el libro de Juan Pablo Ramis es de interés y lectura provechosa para quien se ocupe del tratamiento de valores y conceptos típicos de la IV<sup>a</sup> centuria, como son el panhelenismo o la democracia, y de fenómenos como la amenazante *stásis* o la necesaria y casi utópica concordia. No obstante, se echa en falta en este trabajo una mejor delimitación de los asuntos tratados que pusiera de relieve, de manera clara, la interpretación personal que, de los dos conceptos que se proponen como objeto de la investigación, da Isócrates.

Por lo que atañe a la presentación, asimismo hubiera sido deseable ofrecer la bibliografía indicando los lugares de edición además de las editoriales. Y, con respecto a los autores clásicos, deberían citarse las ediciones críticas además de las traducciones.